

Cartucho quemado

Primera parte

JAIME AVILES

Soy un cartucho quemado -insistió Serapio Bedoya, con un leve toque de ebriedad en la voz, y siguió redactando mentalmente los nuevos párrafos de una lánguida carta que no había empezado a escribir aunque llevara dos semanas absorto en ella: una carta nada menos que para la dulcísima Nausícaa, la hija del rey de los feacios, la más hermosa que jamás contemplaran los ojos humanos, por no decir, oh, gemía Serapio, la más hermosa jamás que contemplaran los ojos del hombre que así lo afirma, y la brisa que desde el mar soplaba con ira contra la playa también agitaba los cocoteros con un siseo monumental, y Serapio tornaba a comunicar a Nausícaa que en aquella estrecha franja de arena en donde la extrañaba tanto y pensaba en ella cada noche y cada día, el paisaje mezclaba las atmósferas de dos novelas que eran como hermanas gemelas, o por su estructura, más bien, madre e hija, y qué lástima, querida Nausícaa, que no las hubieses leído aún, pero ya te regalaré las Palmeras salvajes y La vida breve, juntas, en un paquete amarrado con un listón y lo haré, se prometió al margen de la carta, en cuanto sepa, Nausícaa, donde estás: y le encantaba repetir su nombre, Nausícaa, Nausícaa, la única prueba real de su existencia, y acariciaba la materialidad intangible de sus letras como si el nombre fuera parte de la naturaleza de ella, de su heroína homérica, de la princesa ideal que admiraban los virtuosos habitantes de aquel planeta de pequeños confines en donde todos acabarían siendo arquetipos de un mundo que estaba apenas por nacer.

-Cartucho quemado -lo remedó el crítico de teatro-. No mames...

-"Estás mal, Serapio Bedoya, muy mal" -citó el profesor de Economía, aludiendo obviamente a la obra que Bedoya presentaba en Santa Catarina.

-"¿Mal?"

-"Muy mal..."

-¡Basta! -dijo el crítico de teatro; en su expresión se advertía el temor de que la plática evocase otra vez el origen de La canción de Nausícaa, o los problemas del montaje, o las anécdotas ocurridas en su transcurso, o peor todavía, en alguna función, esto es, en alguna de las dos únicas funciones que había durado la temporada.

De lo menos que deseaba hablar en esos momentos el crítico de teatro era de teatro precisamente, pero Bedoya y su amigo el profesor de Economía no parecían dispuestos a enriquecer la charla: estaban pasmados de alcohol y de mariguana, o a lo mejor sólo era que se desmoronaban de sueño, pero en todo caso acataron la orden y cada cual se deslizó como una tortuga dentro de su respectivo caparazón de silencio.

-Yo me voy a dormir -dijo, entonces, el crítico de teatro que a todo esto era francés, y estiró los brazos para destrabar los músculos y levantarse.

En la oscuridad, Serapio oyó únicamente el sonido que emitía al crujir la chamarra del crítico, y apagó el cigarro en una de las vasijas rellenas de arena que se utilizaban para alumbrar con velas las mesas; ahora todas las velas estaban apagadas, habían desconectado la planta de luz y las tintas de la noche se extendían como manchas retorcidas y espesas en el cuaderno del cielo.

No se veía nada en la playa, ni siquiera las tiendas de campaña, clavadas allá junto a las rocas; cada cierto lapso costaba escuchar lo que decían los otros: el viento sacudía los

flecos del henequén sobre el techo de la palapa y las ramas de las palmeras se agitaban como sonajas, y además estaba el mar, con su perpetuo rumor de furia.

Rotando sobre una llanta de caucho y pataleando como un niño, Serapio nadaba entre las nutridas costas de bejucos hacia el centro de la enorme extensión del cenote que brillaba en ondulaciones como una moneda al rayo del sol. Ahora estaba sobrio y, es más, excitado por el frío tolerable del agua, y a su juicio el mundo simplemente rodaba en silencio por el universo y todo era plácido y las cosas finalmente iban, vistas con optimismo, de lo más bien: ya nada tenía importancia, pensaba, soy un cartucho quemado y es éste el momento de admitirlo, se repetía, el momento de volver a la sombra, a la covacha, al cuarto de azotea, y de una vez por todas sentarse a escribir la carta que le permitiría recuperar a Nausícaa, hallarla donde estuviera, decirle tan sólo ahora me doy cuenta, Nausícaalípica, que pese a haberte dicho tantas cosas en realidad no te dije nada, y mira tú, qué iba a decirte, Nausícaantarina, qué iba dime tú a decirte, o a decirle yo a todo un personaje como tú homérico, yo que toda la vida me he esforzado por ser cuando mucho un personaje de Onetti... y Serapio continuaba rescribiendo su carta, incluso cuando mordía la boquilla del tubo y sentía la presión del agua en el vidrio del visor y veía los troncos dormidos en el fondo del estanque y aún entonces seguía escribiendo.

El crítico francés nadaba sin llanta, y a veces pasaba con reconcentrada indolencia como un lento barril cursando al garete, y seguramente pensando qué iba a escribir cuando hubiese regresado a París y estuviese sentado ante las teclas para divulgar en todos los círculos intelectuales de Francia que La canción de Nausícaa, la tan esperada obra de Serapio Bedoya en la que el muy iluso había trabajado tantos años, para decirlo sin anestesia, era un fiasco. Plena de aciertos conceptuales, deplorable en su ejecución, la dirección escénica del propio Bedoya...

Y el crítico desaparecía de nuevo como si fuera miembro de la fauna del agua. El profesor de Economía, entre tanto, cada mañana se parecía más a un cazador del neolítico; medía cerca de uno noventa y era flaco y huesudo como un árbol, y se recogía la melena en una especie de chongo sobre la coronilla, y vivía como efigie en el pedestal de sus propias chanclas, embutido en unas bermudas de mezclilla con las bocamangas desfloradas, y disimulando el acordeón de los costillares con una playera azul, que al cabo de quince días continuos de uso se había convertido en vestigio de sí misma.

Salieron todos, finalmente, del agua. Secándose, el crítico francés pensaba que en una semana en vez del Caribe estaría en París, y de pronto se le ocurrió a la cantante del grupo que sería óptimo -y de hecho lo dijo en portugués: "óchimo"-irde allí a dos kilómetros bordeando la selva, hasta un hotel de acampar donde había una palapa con licuadoray con tequila, es decir, margaritas, y fueron.

-Ya sé lo que voy a hacer -dijo Bedoya en cuanto subieron al coche del crítico francés.

-Ya sé -replicó éste-. Vas a dejar el periodismo y te vas a dedicar al teatro. -No -dijo Serapio. -No, hijo. Te vas a dedicar... al Teatro Noh -dijo el profesor de Economía.

-Voy a dejar el teatro y voy a dejar el periodismo y...

-¿Vas a criar conejos, como aquél? ¿Cómo se llama? ¿Flores Rojas?

-Voy a probar suerte en el género de la conferencia...

-Si es conferencia es género femenino -dijo la cantante del grupo, que era apasionada de la gramática.

-Voy a actualizar el concepto "La conferencia como espectáculo" que fundó... -¿Arreola?

-No mames. Lo fundó Luciano.

Todos guardaron silencio. Luciano, Nausícaa, Joyce, Faulkner, Serapio no hablaba de nada terrenal, y aunque era interesante seguirlo no siempre era sencillo acompañarlo hasta el fin de sus explicaciones, porque su discurso y por consiguiente su puesta en escena estaban repletos de explicaciones que si bien aportaban más luz a lo incomprendible no hacían sino despertar nuevas preguntas a las que Serapio respondía con más explicaciones. ¡Y ahora iba a industrializar sus explicaciones!

-Es un negocio perfecto, güey. Te alojan, te alimentan, te emborrachan, te pasean, te dejan hablar y te pagan.

-Puede ser, hijo -opinó secamente el profesor de Economía que por otra parte jamás hablaba de Economía, y volteó a la derecha para ver la selva.

-Pon esto -dijo la cantante del grupo. En la grabadora empezó a chirriar un rock que becuá; la cinta estaba oxidada, pero la cantante subió el volumen: era la única.

El profesor de Economía se recargó en el respaldo delantero, como que iba en el asiento de atrás.

-¿En marzo ya hay moscos, hija?

-Nel... Llegan hasta la época de lluvias; cuando el viento cambia de dirección y sopla al revés, o sea, de la selva hacia el mar. ¡Y entonces arrastra un chingamadral de moscos!

-Es que voy a volver en marzo con mi novia, hijo -dijo el profesor de Economía mirando a Serapio y lanzando una carcajada que nunca lograba estallar.

Tenía una novia en Canadá, soltera, inteligente, guapísima, que se negaba a emigrar a México por fidelidad a sus compromisos políticos; Serapio a su vez tenía una novia en Europa que sentía apenas curiosidad por la política, pero estaba abrumada por sus compromisos civiles, de índole, digamos, familiar. El crítico teatral no tenía novias ni aquí ni allá, pero había venido al país a corroborar esta realidad y lo había conseguido a lo largo de quince días, recorriendo las páginas de una antigua libreta de teléfonos, que rezumaba decenas de indicios amorosos cuando él era profesor de francés y vivía aquí y perseguía enloquecidamente a la que ahora de todos era conocida, estimada (y en algunos círculos compadecida) como su primera exesposa

No obstante, lucía satisfecho; nadie lo había recibido con reservas ni tratado con rencores; al contrario, todo el mundo le había ratificado la amistad, el aprecio, esas cosas que dicen los mexicanos cuando se emborrachan. Así que ahora, después de tan apacibles vacaciones, estaba en el Caribe esperando la hora de tomar el avión a París, y era curioso, decía, y lo contaba riéndose: llegó a Cancún y pregunto dónde puedo guardar mis maletas tres días, y me dicen no hay dónde, ja, y como entonces le dio hueva trepar al camión con maletas y bajarse con ellas en la carretera y pedir un taxi y meterlas en una cabana y pasarse tres días temiendo que se las fuesen a robar, decidió alquilar un coche y le dieron un modelo del año, flameante, pintado de rojo, y ahora estaba allí en Tulum y Serapio le había dicho, y el profesor lo había urgido a, que al día siguiente escapasen de la playa y se internaran en Belice porque se morían de tedio.

-Está bien —dijo el crítico-. Mañana desayunamos temprano y nos vamos a las siete.

-Nochingues-dijo Serapio, mientras el crítico se estacionaba y apagaba el motor.

Dentro de la palapa, no había nadie más que el encargado, o quizá era el dueño: un campesino viejo, lento, amable, que se disculpó con todos porque no podía servir margaritas-no había planta de luz-y que se encorvó ante un refrigerador de cervezas, mientras el profesor extendía en la barra las sábanas de un periódico de Yucatán.

El título principal era una sombría denuncia: "Declaran la guerra al Ejército y al Gobierno de México".

Y el ejemplar, según la tinta era del día de la fecha. Es decir, pensaron todos, de hoy.